



Capítulo 24

Del Viento, el Poder y la Memoria

Materiales para una lectura crítica
de Miguel Gutiérrez

Cecilia Monteagudo | Víctor Vich
editores



Pontificia Universidad Católica del Perú
FONDO EDITORIAL 2002

Primera edición: octubre de 2002

Del Viento, el Poder y la Memoria. Materiales para una lectura crítica de Miguel Gutiérrez

Diseño de carátula: Gisella Scheuch

Copyright © 2002 por el Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Plaza Francia 1164, Lima-Perú.

Teléfonos: 330-7410, 330-7411

Fax: 330-7405

E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Derechos reservados, prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso del editor.

Hecho el Depósito Legal: 1501362002-4572

ISBN: 9972-42-503-7

Impreso en el Perú - Printed in Peru

UN NOVELISTA MÚLTIPLE

por Ricardo González Vigil

LA MADURACIÓN NOVELÍSTICA DE Miguel Gutiérrez (Piura, 1940) sobresale como el mayor acontecimiento literario del Perú (todo parece indicar que también de Hispanoamérica) de los últimos años. Ahí están para probarlo *La violencia del tiempo* (1991), quizás la novela peruana más admirable, en todo caso la obra hispanoamericana más compleja y totalizante que conozcamos; muestra cimera a la que acompañan con brillantez *Hombres de caminos* (1988) y *La destrucción del reino* (1992). A ellas acaba de sumarse otra narración magistral: *Babel, el Paraíso* (Lima: Colmillo Blanco, 1993; 224 pp.).

La lectura subyugante de *Babel, el Paraíso* nos ha permitido aquilatar que Gutiérrez constituye un novelista auténticamente múltiple. Es decir, un autor de poderosa versatilidad, capaz de escribir no solo muchas narraciones (eso sería una mera multiplicidad cuantitativa), sino textos distintos ente sí, diversos en temas, ópticas, recursos y tonos narrativos (multiplicidad cualitativa).

Esto podía entreverse en sus novelas anteriores, sobre todo en su oceánica *La violencia del tiempo*. En ellas, Gutiérrez entreteje asuntos y niveles de realidad muy disimiles, variando las técnicas y las marcas estilísticas al servicio de un contrapunto narrativo que se nutre de plurales perspectivas y especies narrativas que van de la tradición oral al ensayo, del realismo más

empírico a lo real maravilloso, del periodismo y la monografía científica a la imaginación onírica, sin excluir las convenciones de la dramaturgia.

Buena cosecha de las lecciones aprendidas en Cervantes, Dostoiowski, Tolstoi, Proust, Joyce y Faulkner, por limitarnos a nombres mayores.

Con *Babel, el Paraíso* la multiplicidad creadora de Gutiérrez se torna más nítida. Y no tanto porque abandone las tierras ardientes y turbulentas de su Piura natal, eje de la saga de los Villar y el pueblo Congará (*La violencia del tiempo*, *Hombres de caminos* y otras novelas en ejecución), así como de su primera e incipiente novela *El viejo saurio se retira* (1969) y de *La destrucción del reino*), puesto que podría acotarse que algunas de las historias de *La violencia del tiempo* nos transportan a otros lugares no solo del Perú, sino de América y Europa.

Se vuelve más patente porque trasciende radicalmente los límites del realismo literario, cuando menos los que suelen tenerse como tales atendiendo a la renovación sufrida por el Realismo en el siglo XX. El último capítulo (como si fuera un epílogo, luego de los doce capítulos que conforman el cuerpo de la novela) de *Babel, el Paraíso* siembra el desconcierto en la asamblea que ha escuchado el testimonio de quien sostiene haber vivido durante casi cuatro años una «temporada en el Paraíso» o «reino de la utopía», y exige que se le crea que hubo comunicación y entendimiento perfectos entre veintiún personas de todos los rincones del planeta, que hablaban en su propio idioma sin saber los de los demás.

Ese desconcierto también sacude al lector si se aferra a una recepción realista, si no detecta la manera original cómo Gutiérrez renueva la vieja tradición de los viajes al reino de la Utopía (dán-doles una concreción histórica que no tienen estos, pues nos hallamos en la China de los años 70, lapso en el cual efectivamente Gutiérrez residió una temporada en el otrora denominado Celeste Imperio, nombre que permite la asociación con el Paraíso o Cielo bíblico, y con la Utopía humanista nacida bajo la tradición del Cielo platónico), o de los itinerarios alegóricos ya sea en este

mundo, ya en el Más Allá como el Infierno-Purgatorio-Paraíso dantesco (la opción de Gutiérrez es explícitamente terrenal y, aunque llama a sus personajes por su nacionalidad y vocación sin aplicarles nombre y apellido, evita el intelectualismo abstracto de los personajes alegóricos: seres de carne y hueso con connotación alegórica, pero no tan individualizados como los del poema de Dante).

La recepción realista (incluyendo lo real maravilloso) rige en las novelas anteriores de Gutiérrez. *Babel, el Paraíso*, en cambio, colinda con la parábola¹ y con el simbolismo poético, entendiendo por poético lo sustancial, expresable no solo en poemas, sino en cualquier medio artístico: «[...] su concepción que llamaré poética y que era la cifra o la clave de un anhelo de existencia».² Estamos, pues, ante una matriz realista que se ha abierto a las posibilidades narrativas de autores tan diversos como Tomás Moro, Thomas Mann, Kafka, Borges o el Cortázar de *Los premios* y varios cuentos. Y, al hacerlo, se ha transfigurado, logrando una singular simbiosis entre el realismo y el simbolismo poético.

De otro lado, Gutiérrez es un novelista que retara lo *múltiple*, la diversidad humana en lenguas, razas, creencias, costumbres, etc., como lo más humanizador, lo más propio de la dignidad y la libertad del ser humano, respetado en su *alteridad* (en su condición de *otro*, de individualidad intransferible). Aquí la heterogeneidad de Babel no engendra confusión y desdicha: al contrario, deviene en Paraíso, en espacio apto para la unión, el entendimiento y la comunicación, donde impera la tolerancia y el afecto, se desecha el poder y las jerarquías, las represiones y las marginaciones, y se evita juzgar a los demás.

Un Paraíso carente de perfección celestial, pero vivido como morada suficiente para la dicha humana: «En este reino, que no tiene por qué ser llamado milenario, sin tierra ni fronteras ni propiedades que defender, no todo es gracia, amor y alegría; no, también existen el dolor, las penas, la soledad, la irritación, pero

¹ GUTIÉRREZ, Miguel. *Babel, el paraíso*. Lima: Colmillo Blanco, 1993, p. 42.

² *Ibid.*, p. 100.

no el avasallamiento de las conciencias, ni la sujeción ni la condena ni el castigo ni el vejamen».³

Hallamos la duda frente al Paraíso anhelado por el marxismo: «¿Es correcto adherirse a una Idea [...] en la que había que tener fe, pues se había revelado necesaria y eficaz para acabar con las desigualdades sociales, si bien de manera imperfecta y con métodos impugnables?» (p. 192). En todo caso, como ocurre en Mariátegui, Vallejo y Arguedas, la opción mayor calza con el humanismo del siglo XVI, con sus ideales de autenticidad y tolerancia, libertad y solidaridad: «¿Por qué otra cosa podía brindar sino por el amor, el placer, la amistad y la vida que siempre habrán de prevalecer sobre los poderes que propician la muerte?».⁴

El Comercio, Lima, 12 de diciembre 1993.

³ *Ibid.*, pp. 204-205.

⁴ *Ibid.*, p. 134.